

Así á tan gigante empresa
juró don Jaime dar cima;
y al escucharlo, lloraba
la multitud, de rodillas.

De tal voluntad al peso
mordió la tierra la envidia:
Valencia dirá si el Rey
sus juramentos cumplía.



XIV

Cercos de Valencia.

«Apretada está Valencia,
puédese mal defender.»

.....
(ROMANCERO.)

VALENCIA, dulce Valencia,
la desposada del mar,
que espera siempre rendida
su beso eterno y fugaz;

que duerme sobre jardines
con su corona nupcial,
hecha de lauros y palmas
y de flores de azahar;

cuyo extenso manto verde,
cual de rico tailesán,
bordan las limpias acequias
como franjas de cristal;

la de la Huerta florida
y el claro Guadalaviar;
la ciudad de los Emires,
la Medina Occidental:

si te venció la tizona
de Rodrigo de Vivar,
la tizona de don Jaime
de nuevo te rendirá;

que es más noble que *Altaclara*,
más que *Belisarda*, y más
que *Duranda*, la invencible,
que *Joyosa* la imperial;

y es su dueño más valiente
que Oliveros y Roldán,
más bravo que Carlomagno,
tanto como el de Vivar.

Valencia, el hacha derriba
tu arboleda secular;
las hoces del enemigo
siegan el verde maizal:

la segur trunca el naranjo
con sus frutos sin cuajar,
y el granado, corpulento,
con sus flores de coral.

De tu rica vestidura
te empiezan á despojar;
pronto el hierro del esclavo
tu cabeza marcará.

Llora, Valencia, que sierva
del Nazareno serás,
desde el opulento alcázar
hasta el mísero aduár;

mas no esperes que te salven
sentencias del Alcorán.
¡Despierta, surge, defiéndete,
desventurada ciudad!

¿De qué sirven tus caballos
que celos al aire dan?
¿Qué saben tus campeones
si no saben pelear?

Deja la estancia cubierta
de tapices de Hacírán,
regada de agua de gualdas
de nenúfar y azahar;

desnuda los almaizares
de Damasco ó de Bagdad,
lanza de ti las ajorcas,
los alháites y el collar;

sacude el torpe letargo
de tu molicie oriental;
toma el arco de Turquía,
ciñe el dorado carcaj

y el almete, que reluce
como el agua en el marjal:
vela tu noble cabeza
con el flotante listam;

empuña la maza turca,
sal al campo á pelear,
y, si está escrito que mueras,
muere por tu libertad.

Pero no, triste Valencia:
¿para qué quieres luchar?
Ni los moros son tus hijos
ni es tu dueño Ben-Zeyán.

Por la fuerza te ganaron
los guerreros del Islam,
y hoy los soldados de España
te vienen á conquistar.

Deja que de ti se alejen
los defensores de Alhá,
que en vano irán á Granada
por su Valencia á llorar;

también la hermosa Granada
de los cristianos será,
y los hijos del desierto
al desierto volverán.

MORELLA, Almenara, Castro,
las Cuevas de Avinromá;
medio reino de Valencia
rindió Jaime al cabalgar.

Por las orillas del Júcar,
con cien jinetes no más,
pasó el Monarca invencible
como pasa el huracán.

Después, con Jimeno Pérez,
que goza de su amistad,
los ciento cincuenta nobles
de su mesnada leal;

treinta que lleva Lizana
y de Aguiló quince más;
fray Hugo de Forcalquier,
maestre del Hospital;

mil valerosos peones
y la tropa almogavar,
con tal hueste y tal audacia,
que raya en temeridad,

en el nombre de Dios vivo
asentando su Réal
entre Valencia y el Grao,
puso cerco á la ciudad.

Brava salió á la llanura
la hueste de Ben-Zeyán;
mas de Jaime ante la enseña
de miedo se volvió atrás.

Por ciudades y castillos
del Rey mensajeros van,
convocando á los cristianos
por su Dios á pelear.

Clama la voz del Pontífice
 contra el poder musulmán;
 cuenta el vulgó maravillas
 del emporio occidental;

y unos con sed de vencer,
 otros con sed de medrar,
 vienen á Valencia gentes
 de toda la cristiandad.

De Narbona el Arzobispo
 Pedro Amyell, diestro en lidiar,
 llegó al campo de don Jaime
 con mil peones ó más,

y once bravos caballeros
 que, en fe de su calidad,
 montan trotones normandos,
 ciñen cotas de Milán,

lucen yelmos de Pavía
 con cimera de metal,
 y brillantes sobrevestes
 de rico paño de Arrás.

El arrogante Arzobispo
 rige un potro montaraz
 y ciñe calzas de mallas
 cual la cota y capellar;

sobre la morada veste,
 que muestra su dignidad,
 resplandecen los rubies
 de su santo pectoral:

la cimera de su yelmo
 es hipógrifo rapaz
 con anillos de serpiente,
 con garras de gavián;

la cruz parece en su pecho
 la cristiana caridad,
 y el grifo de su cimera
 la guerra alada y voraz.

Lleva en lugar de un diácono
 con la cruz episcopal,
 un bien armado escudero
 con lanza y broquel detrás:

cuando acaudilla su hueste
 se ve en su mano brillar,
 junto al puño de su espada
 el anillo pastoral.

Como caudalosos ríos
 que desembocan al mar,
 por do quier van afluyendo
 nuevas gentes al Réal,

con acémilas cargadas
 de arneses para lidiar,
 de víveres y de tiendas
 que cubriendo el campo van.

La hueste de Barcelona
 llegó por tierra y por mar,
 tendida por mar y tierra
 la noble enseña condal.

Más gallarda que ninguna
cruzó la Huerta feraz,
y osó levantar sus tiendas
de Valencia en el umbral.

¡Bravos son los catalanes,
que se atreven á retar
los altos muros de piedra
con muros de tafetán!

Manda sus fieros barones
la Francia septentrional,
sus arqueros Inglaterra,
la Provenza y el Conflán,

Manda el claustro sus guerreros,
sus héroes la cristiandad,
Castilla sus campeones,
sus bandidos Muradal;

y acuden con el magnate,
el mercader y el juglar,
el traficante, el judío,
el logrero, el trujamán,

el especiero, el droguista,
el cogulla, el menestral,
frailes y rabinos diestros
en el arte de curar.

Y alternan y se confunden,
con vistosa variedad,
el infanzón, el hidalgo,
el ballestero feudal;

los villanos de parada,
las milicias de ciudad,
rubios arqueros ingleses
de destreza sin igual;

el peón, el escudado,
el huraño almogavar,
el morisco de la Huerta
y el marino catalán.

Unos llevan altos yelmos,
otros cascos de nasal,
capacete con cimera
ó mallado capellar;

quiénes justillo de cuero
ó gonela de fustán;
unos loriga de chapas,
otros perpunte no más.

Visten frailes y prebostes
sobre la cota el sayal;
de estameña el mendicante,
de rico paño el abad.

Con su cítara á la espalda
pasa el gallardo juglar,
que de unas tiendas en otras
sus trovas cantando va.

El ajedrez ó las tablas
son de los nobles solaz,
y entre los soldados, ciegos
del oro con el afán,

sobre los férreos escudos
se oyen los dados rodar,
y suenan risas, blasfemias
y una algazara infernal.

La multitud de las gentes,
que cada vez crece más;
la variedad, infinita,
de tipos, raza y edad,

lengua, traje, catadura
y oficio de cada cual;
la diversidad de equipos
y usanzas de pelear;

los colores de los paños,
los reflejos del metal,
la muchedumbre de tiendas
que cubren del suelo el haz;

las infinitas banderas
que en ellas se ven flotar;
el resonar de las trompas,
el aparato marcial;

el trabajar de las máquinas,
el combate singular
de algún paladín cristiano
con un famoso arrayaz;

el sermón del religioso;
el continuo disputar
de los hijos de la guerra
con los hijos de Judá,

que en constantes logrerías
y en incesante altercar
sobre un dinero de menos
ó un alquilate de más,

de doblas, morabatines,
duplos y tornesas, van
llenando sus escarcelas
y vaciando las demás:

y entre un cerco de soldados
que la aplaude sin cesar,
la morisca juglaresa
de peregrina beldad,

que de menudos besantes
luce diadema y collar,
y pendientes del corpiño
y el halda de tafetán,

argentinos cascabeles
y esquillillas de metal,
que, en los giros de su danza,
suenan con dulce compás:

todo aquel mundo, que vive
de una vida excepcional,
de la esperanza del triunfo,
del ansia del pelear,

hace del campo cristiano
una espléndida ciudad,
con sus calles y sus plazas,
su muro provisional,

su culto, sus espectáculos,
su constante actividad;
sus músicas, sus tumultos,
su risueño despertar;

su corte, su aristocracia,
su animación comercial;
su pueblo entusiasta y vario,
su plebe aströsa y procaz;

sus turbas de vagabundos
que combaten á jornal,
y hoy luchan por Jesucristo,
mañana por el Islam.

¡Conjunto admirable y grande
el de aquella sociedad
tan suelta y tan enlazada
cual las perlas de un collar;

tan unida y tan diversa
que sintetiza, quizás,
los contrarios elementos
de aquella gigante edad;

el comunismo del claustro,
el egoismo feudal,
la religión y la guerra,
el odio y la caridad!

DÓNDE vais los de Narbona
con tan resuelto ademán?
¡En nombre del rey don Jaime
tornad al campo, tornad!

No persigáis á los moros,
ved que malas mañas han,
que sorprenderos intentan:
¡atrás, barones, atrás!—

Así grita un caballero
de la mesnada réal,
cabalgando á toda rienda,
rojo el rostro de gritar.

Las gentes del Arzobispo
vuelan tras los de Zeyán,
y ni escuchan sus razones
ni las quieren escuchar.

Torna el caballero al campo
mientras, con sed de matar,
hacia el muro de Valencia
moros y franceses van:

—¡Mal hayan los narbonenses
con su dura voluntad!
Mas aunque no me obedezcan
no los quiero abandonar—

Así dice el Soberano;
monta su noble alazán,
y con buen golpe de gente
tras de los franceses va;

y antes que los sarracenos
puedan su falta notar,
mal de su grado revuelven
los de Narbona hacia atrás.

En el camino, don Jaime
tornó del potro el rendal,
por ver la impotente fuga
de la morisma rapaz:

y un ballestero africano,
con destreza sin igual,
disparóle una saeta
que en su frente vino á dar.

Sacóla el Rey de la herida
con tan furioso ademán,
que la quebró, y en sus carnes
dejó hincada la mitad.

Pero, á tiempo que su rostro
bañó de sangre un raudal,
reprimiendo sus dolores
y su despecho á la par,

mientras restaña la sangre
con un jirón de cendal,
fuerte el Rey contra sí mismo,
torna á los suyos la faz

bañada de una sonrisa
de serena majestad,
y aclamado por mil voces
entra en su tienda oriental.

LA hermosa doña Violante,
viéndole herido llegar,
vertió más llanto que perlas
bordan su regio brial.

Cinco días ha que Jaime
doliente y herido yaz;
y en tanto que con sus drogas
le asiste Rabí-Isaac,

la amante Reina afligida
de hinojos rezando está
al pie de una cruz de plata
que descuella en rico altar:

y una lámpara de azófar
baña en dulce claridad
de la tienda los brocados
y de Violante la faz.

¡Cuántas consejas, en tanto,
forja la musa vulgar,
supersticiosa y maligna,
milagrera y lenguaraz,

que dudando de lo cierto
tras de lo imposible va,
cuya vista sólo alcanza
lo inmenso, lo colosal,

lo divino ó lo execrable,
lo celeste ó lo infernal,
sin sospechar que haya nada
entre Dios y Satanás!

Quién jura que el balletero
de tan diestra habilidad
no era un moro, no era un hombre,
que era el mismo Barrabás.

Que el tiro que hirió á don Jaime
era de un arco oriental;
que la herida del Monarca
es un pretexto no más

para levantar el sitio
salvando la dignidad,
porque á socorrer la plaza
viene el de Túnez por mar.

Que el Rey huyó á media noche
con un extraño disfraz;
que en una yegua normanda
partió la Reina detrás.

Quién dice que el Rey ha muerto,
quién le ha visto cabalgar;
quién afirma que un rabino
le ha dado un filtro infernal:

quién dice que don Fernando
mandó á su deudo matar;
que doña Leonor, celosa,
pagó al traidor musulmán;

quién ha visto á una doncella
vestida de claridad,
con una ampolla en la mano
del Rey en la tienda entrar.

Y los astutos judíos,
aumentando la ansiedad
del vulgo, doblan los réditos
del oro que perderán,

puesto que muerto don Jaime
no se gana la ciudad
ni se cobran sus tesoros
ni en Aragón habrá paz;

que en mil civiles contiendas
de nuevo el reino arderá,
sobre si á Jaime suceden
Alfonso, el Conde, ó el Abad.

¡El Rey ha muerto! aseguran
los logreros, sin cesar;
y ¡el Rey ha muerto! doquiera
repite el vulgo falaz.

Cunden la desconfianza,
la duda y el malestar;
las hablillas son contiendas,
la impaciencia es general;

las gentes se arremolinan,
con equívoco ademán;
se hace el valiente cobarde
y el cobarde se hace audaz;

los murmullos de colmena
se hacen murmullos de mar;
y van creciendo, creciendo,
cual gamas del huracán;

y ya amenazan, ya rugen,
como ronca tempestad.
¡La sedición monstruosa
se agita pronta á volar!...

Mas dominando el tumulto
con sus voces de meta!,
se oyen clarines de guerra
por el campo resonar,

y aparece ante las turbas,
que aún dudan de la verdad,
el gallardo Soberano
con su mesnada real.

La multitud, que idolatra
cuando no puede matar,
lanza en olas de entusiasmo
sus anhelos de volcán;

y acoge al que calumniaba
con un ¡vitor! general;
la Reina, desde la tienda,
le sigue con dulce afán;

y el Monarca más hermoso
de toda la cristiandad,
cruza el ancho campamento,
disipando ante su faz

los temores y las dudas
de la ignorancia vulgar,
como el claro sol disipa
la nocturna oscuridad:

despertando la esperanza,
prometiendo calma y paz,
como el iris que aparece
después de la tempestad.

Las muchedumbres se agolpan
á los pies de su alazán,
y una aclamación inmensa
marca su paso triunfal.